

Rivero Rodríguez, Manuel (2025). *Las tres vidas del conde duque de Olivares*. Madrid: Alianza Editorial. 441 pp. ISBN: 979-13-7009-063-0.

Abordar una figura como la del conde duque de Olivares en los tiempos que corren podría estar de moda, sobre todo, si se acude a una visión tradicional sobre su figura y se le tilda —lo indicará Manuel Rivero en su introducción— de déspota, de dirigir un gobierno arbitrario y de utilizar a su antojo las leyes de su época. No nos costaría mucho encontrar ejemplos habituales en las actuaciones políticas de algunos líderes actuales. Hoy podría hablarse de la astucia maquiavélica por *mantenerse en el poder*, ayer, rescatando las palabras de Gregorio Marañón, hablaríamos de la *pasión de mandar*. La influyente biografía histórica escrita por el intelectual madrileño, publicada desde el exilio en 1936 y tantas veces reeditada, retrató a Gaspar de Guzmán y Pimentel, valido de Felipe IV, como un hombre complejo impulsado por un deseo insaciable de poder, con algunas virtudes notables pero también con grandes defectos. Después de previos ensayos biográficos, sobre lo que pudo ser la «psicohistoria», centrados en *Enrique IV de Castilla* (1930) o *el padre Feijoo* (1934), en su *conde duque de Olivares* el doctor Marañón ofrecía un cuidadoso análisis psicológico sobre la figura y el gobierno del valido, precisamente en un momento en el que las democracias parecían estar cuestionadas o, al menos, en retroceso en una Europa que observaba el peligroso ascenso de los totalitarismos.

Tres décadas más tarde, Eulogio Zudaire, religioso capuchino e historiador navarro, publicaba su obra *El Conde-duque y Cataluña* (1964), un libro que surgió de su tesis doctoral defendida en la Universidad de Barcelona (1958). La obra, centrada en las dos décadas que transcurren entre 1621 y 1641, tienen como protagonista al valido y a la Cataluña de la revuelta. Las medidas del conde duque habían fracasado, sin embargo, las decisiones del valido no fueron suficientes para hacer recaer solo en él la culpa del alzamiento de la rebelión. Olivares intentó detener la rebelión y negociar la solución al conflicto, incluso ante hechos tan graves como el asesinato de un virrey. El valido se equivocó, pero las responsabilidades de la debacle fueron compartidas debido a la intransigencia de las instituciones catalanas que, buscando cómo mantener sus cotas de poder y salvaguardar su riqueza, permitieron que Francia ocupase el Rosellón y alargase el conflicto.

A mediados de los 1980, el historiador inglés Sir John H. Elliott publicaba su obra sobre *El Conde-Duque de Olivares. El político en una época de decadencia*, en 1986 en inglés y en 1990 en castellano. Una figura que ya venía siendo objeto de su interés desde su famoso *The Revolt of the Catalans* (1963). El impacto y el legado de su obra sobre Olivares silenció durante muchos años cualquier nuevo acercamiento a la figura del valido. Elliott presentaba a Olivares como a un hombre de Estado, consciente de los males de una España sumida en una decadencia estructural, pero atrapado en el marco

mental y político de su tiempo. Su gran proyecto reformista encalló debido a la resistencia de los distintos territorios y a las limitaciones económicas, estructurales y políticas de un imperio incapaz de mantener su hegemonía.

¿Hacía falta un nuevo libro sobre Olivares? Todo parece indicar que sí. Durante la última década Manuel Rivero se ha acercado a su figura no en una sino en tres ocasiones para presentarnos sólidas monografías, además de hacerlo en otros artículos y capítulos de libro. La primera de las obras de la tríada con el título *El conde duque de Olivares. La búsqueda de la privanza perfecta*, fue publicada en la editorial Polifemo (2017), y se centró en su famoso Gran Memorial de 1624. El autor, con un enfoque original y novedoso, cuestionaba el documento clave que había servido hasta la fecha para interpretar la actuación política del valido. Tras un generoso repaso historiográfico no solo puso en tela de juicio la autoría del conde-duque de dicho documento — que ya había adelantado en un artículo previo — sino que apeló a la importancia del catolicismo como seña de identidad de la nueva política gestada por la monarquía y recuperada por Olivares. El valido en el que se centra Rivero — por encima de prejuicios y conductas irracionales — no es el que pretendía crear una monarquía centralizada a la castellana, gobernada desde la corte, sino el que fue incapaz de lograr el respaldo moral y de combatir la corrupción de su tiempo. El desengaño de la guerra con Francia, en 1635, evidenció que la confesionalidad ya no era la ideología que dirigía la guerra

y Richelieu pareció más pragmático que Olivares al implementar con éxito sus políticas. Gaspar Sala, un profesor de la Universidad de Barcelona, ya lo había anunciado a finales del otoño de 1640, los catalanes no eran el problema sino el mal gobierno del conde duque (p. 289).

En 2023, se acercaba de nuevo a su figura en su *Olivares. Reforma y revolución en España (1622-1643)*, para poner su foco de atención en la cosmovisión profundamente religiosa del conde duque, hecho que favoreció una suerte de «revolución cultural» en su tiempo, marcando e inspirando una serie de iniciativas reformadoras que fueron criticadas en su momento por considerarse el resultado de un cúmulo innecesario de extravagancias. En la obra, vuelve a explorar la autenticidad del gran memorial afirmando que no es posible sostener, como habitualmente se señala, que fuera «la viga maestra del proyecto político de Olivares» (p. 255) a pesar de permitir establecer fáciles conclusiones. Su gobierno, lejos de los tópicos y estereotipos habituales sobre los que se había juzgado, no supuso en opinión de Rivero el hundimiento de la monarquía, aunque Felipe IV fracasara en lograr la hegemonía, tuviera que ceder terreno frente a Francia y se reconociese durante las siguientes décadas la independencia de Holanda y de Portugal, esta última ya con la regencia de Mariana de Austria. El fracaso de la Unión de Armas fue uno de los síntomas que más pronto trascendieron a su forma de hacer política, a un gobierno que luchó sin conseguirlo reglamentar el comportamiento, combatir la ociosidad e imponer unas normas

sociales de decoro. Como ha indicado Jesús María Usunáriz al referirse a este libro, si la monarquía ponía sus miras hacia la reconfiguración a finales del siglo XVII debía hacerlo sobre las bases olivaristas de la ejemplaridad, el mérito y el servicio. En consecuencia, me atrevería a señalar, que no todo se había ido al fondo, como tiempos atrás había señalado el conde de Gondomar.

Ahora, dos años más tarde, vuelve de nuevo a Olivares en su obra, *Las tres vidas del conde duque de Olivares*. Es el tiempo de la propaganda política y de la construcción cultural de su imagen. Durante los años que duró su ministerio el valido recibió la dedicatoria de más de 400 obras y desde la posición de su *hipermecenazgo* —tomo prestado este neologismo del autor— creó todo un mundo narrativo para ratificar la idea de que se iba por el buen camino, con obras de teatro que celebraban los sucesos, con pinturas de batallas para decorar el salón de reinos en el Palacio del Buen Retiro y con toda una literatura narrativa escrita para la ocasión. Esta prolija literatura colaboró en la *fabricación de la imagen* del conde duque de Olivares. Un discurso que se pudo mantener durante la década de 1630 pero que se diluyó a medida que las rebeliones de Cataluña y Portugal progresaban y se enquistaba cualquier solución política para resolverlas. Y todo ello como consecuencia del catastrofismo de su política, castigada duramente por una propaganda que se cebaría con él en algunos momentos de su gobierno y especialmente tras su caída. Se apagaba la luz que había dado brillo a la política del conde duque.

Según Manuel Rivero, las tres biografías que encargó y supervisó tenían la intención de que la opinión pública no solo aceptase sino también apoyase las iniciativas y propuestas de su gobierno, con el objeto de construir o controlar el relato (p. 16). En otras palabras, el conde duque se convirtió en un gestor de comunicación política moderna. Los dos primeros textos, de Juan de Vera y Virgilio Malvezzi, mantienen esa voluntad de construir un relato, y el tercero, atribuido a Francisco de Rioja, se sitúa en otra línea, más bien en la defensa de quien ha perdido su control e intenta de forma desesperada recuperarlo. En estos documentos, tanto en lo que se afirma como en lo que se silencia, se pueden conocer de primera mano las ideas e inquietudes de Olivares, sobre todo en tres fechas concretas: 1628, 1635 y 1643.

El primer momento llega con la publicación de los *Fragmentos históricos de la vida de don Gaspar Felipe de Guzmán*, escritos en 1628 y que solamente circularon como manuscrito hasta que se llevaron a la imprenta a finales del siglo XVIII. Era una biografía anómala al referirse a una persona viva y en un momento poco heroico en el que a la impopularidad del gobierno de Olivares se sumaba la oleada de sátiras y coplillas críticas con la labor del valido. Hacía falta un relato que obviase los desastres —entre ellos el de la pérdida de la flota española en Cuba— y valorase con saldo positivo los primeros siete años de Olivares al frente del gobierno. Juan de Vera, que era hijo de una granada nobleza emeritense, estuvo envuelto desde joven en el ambiente artístico y cultural de la

sociedad andaluza. Su obra *El embajador*, publicada en Sevilla en 1620, a pesar de la escasa experiencia de su autor cuando la escribió, fue compañera de viaje durante muchos años de embajadores, plenipotenciarios y agentes, convirtiéndose en un manual práctico para la diplomacia moderna.

El segundo hito se producía en 1635 cuando aparecía en Bolonia *Il retratto del privato político christiano* de Virgilio Malvezzi quien, con una fuerte carga antimachiavélica y partiendo de los *Fragments* de Vera, contiene una articulada serie de aforismos contraria a la forma de abordar la Historia y afirma el carácter providencial del ministerio del conde duque, en un tono general en que destaca el buen gobierno y el progreso de las armas españolas ante el nubarrón que se avecinaba de la guerra con Francia. Malvezzi, nacido en el seno de una familia noble boloñesa vinculada con el servicio a la Casa de Austria, participó en algunas campañas militares contra Saboya y los franceses, hasta que su mala salud le obligó a regresar a Bolonia en 1626. Al año siguiente, obtuvo el oficio de senador tras la renuncia de su padre, que estaba muy enfermo y falleció poco después. Se concentró en actividades intelectuales y en 1629 fundó la Academia de *L'Eterno*, manteniendo contactos con artistas y humanistas de toda Italia. Ese reconocimiento y prestigio adquirido fueron suficientes para que aceptase el encargo de *Il retratto* una obra que permitía entender el valimiento de Olivares, proyectando su figura hasta ensombrecer la de Richelieu, y construir un relato sobre el reinado de Felipe IV

que perdurase en el inconsciente colectivo de las generaciones futuras.

Por último, destaca la fecha del 23 de enero de 1643 que conllevó la caída de Olivares y generó una nueva oleda de panfletos, coplillas, sátiras y folletos contra su figura. No faltaron quienes pidieran que el valido rindiese cuentas de su ministerio, a modo de juicio de residencia, como el memorial que publicaba por entonces Andrés de Mena. Su mala gestión en la dirección de los negocios de la monarquía y la serie de delitos, abusos y muestras de ineptitud que recogía el panfleto no podían quedar incólumes. J. H. Elliott, en su obra no escapa a la polémica desatada por Mena, que había servido al parecer en 1633-1634, como agente del duque de Béjar en la corte. El círculo pro olivarista no tardaría en responder al veneno de Mena a través de un antídoto, con el opúsculo titulado *Nicandro o Antídoto contra las calumnias que la ignorancia y envidia han esparcido por deslucir y manchar las acciones del Conde duque de Olivares después de su retiro*, supuestamente de Francisco de Rioja, bibliotecario de cámara de su majestad, aunque desde la corte y dados los secretos de Estado que recogía el *Nicandro* —que incluían al propio Felipe IV— hubo quienes apuntaron, sin pruebas fehacientes, que la autoría correspondía a Olivares. Rioja acompañaría al conde duque a su destierro en Loeches en 1643 aunque separaría su destino y su fortuna cuando don Gaspar de Guzmán se retiró a Toro, mientras Rioja regresaba a Sevilla y diez años después a la corte donde todavía sería nombrado consejero de la Santa y

Suprema Inquisición hasta que le encontraron la muerte en Madrid en 1659.

Luchar contra décadas de tópicos nunca ha sido sencillo, pero la apuesta de Manuel Rivero con esta tríada es valiente y, me atrevería a decir, acertada. La «revolución cultural» planteada por el valido promovió valores como el mérito, la disciplina o la moral estoica, que debería extenderse más allá de la política, al ámbito de las mentalidades. El sistema estaba dando muestras de sus desajustes internos, en el marco de una monarquía compuesta, con tensiones entre los territorios que venían a responder a desequilibrios internos, más allá de a propios errores personales. Olivares construyó una imagen cuidadosamente elaborada mediante escritores afines y un uso adecuado de la propaganda, sin importarle utilizar la historia como herramienta política. Frente a la visión de la historiografía tradicional sobre el conde duque como gran estratega del reinado de Felipe IV que, con objeto de defender el prestigio de la Monarquía Hispánica, intentó sin conseguirlo llevar a cabo su modelo de centralización, a través de la Unión de Armas, el autor entiende que la acción exterior respondió más a decisiones coyunturales y a motivaciones ideológicas. Sea como fuere, la mayor cohesión fiscal y militar se acabó disipando y su proyecto reformista terminó fracasando por las distintas resistencias territoriales, especialmente en Cataluña y Portugal. Si la guerra lo había sostenido en el poder, la

debacle militar lo acabaría llevando al exilio en enero de 1643.

La imagen de Olivares —como señala el autor— debe ser matizada y estudiada en su contexto, no pudiéndose cargar sobre él la responsabilidad del declive de una monarquía con un funcionamiento más complejo del simplismo con la que se le ha tratado. El valimiento, señalará Manuel Rivero, no fue otra cosa que un sistema de concentración de poder en que el control de la información era vital para la aceptación pasiva de su superioridad (p. 85). Para la historiografía tradicional fue un político soberbio y sin escrúpulos dispuesto a mantenerse en el poder contra viento y marea, mientras otras interpretaciones más recientes casi lo han encumbrado como a un héroe. Ni Marañón ni Elliott fueron capaces de agotar la figura del valido y se hacía necesario buscar nuevas respuestas a cuestiones que no habían quedado suficientemente aclaradas. La figura de Olivares tampoco se agota con este libro y no es improbable que Manuel Rivero trabaje en una cuarta monografía —no hay una *biografía definitiva*— a pesar de que las respuestas que obtenemos al leer esta obra sobre las actuaciones personales, el liderazgo político del valido y la *fabricación* de su figura, superan a las preguntas que hasta el momento teníamos pendientes.

Porfirio SANZ CAMAÑES 
Universidad de Castilla-La Mancha